

Soy un escritor frustrado

Primer capítulo (fragmento)

Soy un escritor frustrado.

Y esta circunstancia ha determinado en gran medida mis difíciles relaciones con el mundo exterior. Si hubiera podido satisfacer mi pasión por la escritura no estaría ahora donde estoy.

Para empeorar las cosas, soy profesor de Literatura en la Universidad Autónoma y, además, un excelente crítico. No hay nada tan frustrante como esto: tener que enfrentarse cada día con brillantes ejemplos de individuos que son todo lo que uno quisiera ser y que han conseguido todo lo que uno nunca podrá conseguir. Es triste constatar que las mil y una veces que he intentado comenzar una novela no he pasado nunca de la segunda página sin tener la firme convicción de que lo que escribía era bazofia. Y lo sé porque soy buen crítico. Para ser escritor no basta con rellenar folios y embuchar palabra tras palabra, cosa que cualquiera puede hacer, sino que hay que tener un "algo" especial -llámese "duende" o inspiración, o como se quiera- que yo no tengo y que nunca tendré. Puedo, trabajosamente, sacar adelante mis artículos y mis trabajos académicos, pero soy sencillamente incapaz de escribir un buen cuento. Y no es que me falte imaginación -al contrario, tengo muy buenas ideas-, pero al ponerme delante del ordenador algo falla: las palabras no salen, y si salen conforman horriblos principios que desecho sistemáticamente sin conseguir darle nunca la expresión adecuada a mis ideas. También he intentado escribir completamente borracho, pretendiendo creer en el mito de la ebriedad, pero el resultado ha sido siempre el mismo, y esta impotencia creativa me provoca un sentimiento de profundo disgusto conmigo mismo que se va acrecentando a medida que sigo intentando escribir, hasta que ya no aguanto más y, preso de una irracional furia, golpeo el ordenador.

Por todo esto, cuando conocí a Marian, hacía ya mucho tiempo que había dejado de escribir, refugiándome cada vez más en el alcohol, circunstancia que se había hecho célebre en el departamento, donde mi volubilidad de carácter y mi inestabilidad emocional me habían granjeado numerosas enemistades entre los demás profesores. Sin embargo, aunque parezca increíble, mi aura de malditismo seguía atrayendo a suficientes alumnos, de tal manera que su número se mantenía de año en año. Cuando pienso en Marian, todavía se me pone la carne de gallina. Tengo grabadas en la memoria dos imágenes suyas: una en color, sentada en primera fila de clase, mirándome fijamente, siempre sonriendo; otra, en blanco y negro, en el sótano de mi casa de la sierra, tosiendo sangre, pálida como un fantasma en mitad de aquella habitación húmeda y maloliente. Entre ambas imágenes me vienen a la memoria una serie de acontecimientos que ahora intentaré ordenar para darles un sentido.

Soy un escritor frustrado

Ana había sido mi novia durante años. Era una chica normalita, con muy buen tipo y un gran defecto, que era quererme demasiado. Vivíamos juntos desde hacía un año y ella se había convertido en el vertedero emocional de todas mis frustraciones. Cada vez que teníamos una bronca -y esto ocurría a menudo- yo no dejaba de echarle en cara que con ella no tenía nunca la tranquilidad de espíritu necesaria para llevar a cabo mi actividad creativa. En una de estas, Ana, a punto de llorar, exclamó:

-Pero si tienes todas las tardes para trabajar. Últimamente como en casa de mis padres, sólo para no agobiarte. ¿Qué más quieres que haga? Cuando me quedo en casa te encuentro de malhumor, te saludo y ni siquiera levantas los ojos de tu libro. Cocino siempre yo, para que no pierdas tiempo, y tú comes deprisa y de mala gana, y luego te vas corriendo con eso de que tienes que preparar la clase de mañana. Me acuesto sola y la mitad de los días me despiertas a gritos porque no puedes escribir. Esto es insoportable: yo no puedo seguir así. Tengo la impresión de que siempre te estorbo. Intento dejarte solo todo el tiempo que me es posible, pero no puedo desaparecer. Encima, hoy no me encuentro bien. Me gustaría que me prestaras a veces algo de atención, no mucha, un poco de cariño, para que me diera cuenta de que soy algo más que tu cocinera particular. Porque yo existo, ¿lo entiendes? ¡Existo!

-Ese es el problema.

Ana me dirigió una mirada llena de odio. Secándose las lágrimas, entró en nuestra habitación, sacó una maleta del altillo del armario empotrado y empezó a meter cosas: jerseys, camisetas, ropa interior y demás parafernalia.

-Me voy -dijo-. Esta vez no puedo más.

-Márchate. Púdrete. No te necesito para nada. Al menos así tendré tiempo para escribir.

Ana me miró. La voz le temblaba.

-J, he vivido contigo durante un año entero y todavía no te he visto escribir dos líneas seguidas.

-¡Porque tú no me dejas! Tu presencia me anula. Te pasas el puto día queriendo hacer cosas. Ir al cine, ir a cenar, ver a los cretinos de tus amigos y a la bruja de tu madre, dar paseos por el Retiro, las excursiones de los fines de semana... Dime, ¿de verdad crees que así se puede trabajar?

-Te estás pasando, J.

-Si es que sólo piensas en "hacer cosas". No puedes estarte dos minutos tranquila sin morderte las uñas. Sólo verte pondría nerviosa a una momia. ¿Cómo voy a concentrarme con alguien como tú moviéndose por toda la casa? Es imposible vivir contigo.



Soy un escritor frustrado

-Y tú qué te crees, ¿que es fácil vivir contigo? Estoy harta de tus problemas y de tus borracheras. Te pasas el puto día mirándote el ombligo. Eres incapaz de quererme.

-¿Y quién te va a querer a ti? ¿Te has mirado últimamente al espejo?

-Te estás pasando, J. Te estás pasando.

-¡Bah! -exclamé. Di un portazo al salir de casa y comencé a bajar las escaleras.

Ana abrió la puerta detrás de mí y gritó:

-¡Borracho de mierda! ¡Profesorcillo de pacotilla! Y a ti, ¿quién te va a querer?, ¿quién va a aguantar tus neuras?

Volví a subir, enfurecido, con el brazo en alto, dispuesto a partirle la cara, pero Ana ya estaba corriendo los cerrojos.

-¡Abre! -grité.

-¡Que te jodan! -respondió ella.

Golpeé la madera de la puerta varias veces con el puño hasta que me cansé y después de darle un trago a la petaca plateada que solía llevar conmigo, le di un ultimátum:

-¡Como no te hayas ido antes de que vuelva de la facultad, te mato a hostias!